



V
De como acaba la historia
de la niña Sidonia

ENTRETANTO llegó el mes de Setiembre. La caza había reunido en la quinta una multitud de gente, alegre, pero vulgar. Todo era francas comilonas, en que aquellos ricos mercaderes pasaban horas y horas hasta quedarse dormidos como gañanes. Iban en carruaje á recibir á los cazadores al crepúsculo ya frío de las tardes de otoño. La bruma subía de los segados campos, y mientras las reses huían espantadas buscando asilo en los rastrojos, parecía que salía la oscuridad de todos aquellos bosques, cuyas foscas masas crecían al destacarse en la llanura.

Encendíanse las linternas de los carruajes, y al calor de las mantas volvían más que deprisa los expedicionarios con viento fresco á la cara. Entonces el salón, espléndidamente alumbrado, resonaba con mil chanzonetas y risotadas.

Clara Fromont, mal hallada en tan grotesca compañía, no despegaba los labios; pero Sidonia brillaba en todo su esplendor. La expedición había animado

su tez, pálida de suyo, y muy más sus ojos de París: sabía muy bien reír, comprendía acaso demasiado, y para los hombres que allí había, no parecía sino la única mujer presente. Esta admiración acababa de trastornar á Jorge; sólo que á medida que él adelantaba, se mostraba más reservada ella. Con esto, resolvió desde luego ser su esposo, ya que no podía ser otra cosa. Y se lo juró á sí mismo con esa exagerada decisión de los caracteres débiles, que al parecer combaten siempre de antemano las objeciones á que al fin han de ceder.

Este momento crítico fué necesariamente para Sidonia el más fausto de su vida. Aun fuera de toda mira ambiciosa, su natural ligero y disimulado se gozaba, con extraño encanto, en esta intriga de amor desarrollada tan mañosamente en medio de las fiestas y festines de la quinta.

Al rededor de ellos maldito si sospechaba álguien lo más mínimo. La buena de Clara estaba en ese período sano de la juventud en que el espíritu, medio abierto, por decirlo así, se apegá á lo que conoce con ciega confianza, la ignorancia completa de las mentiras y traiciones. Mr. Fromont sólo pensaba en sus negocios y su mujer daba lustre á sus joyas con su ahinco maniático. No eran allí de temer más que las barrenas ó sean los ojos del viejo Gardinois; pero Sidonia lo divertía á su sabor; fuera de que, si hubiera descubierto algo, no era capaz de hacerle perder su porvenir.

Sidonia, pues, triunfaba, cuando por mal de sus pecados, vino á aniquilar sus doradas esperanzas imprevista y súbita catástrofe.

Y fué que una mañana, á la vuelta de un acecho, trajeron mortalmente herido á Mr. Fromont. Un tiro de escopeta mal dirigido á un corzo, lo había alcanzado á él en la frente. No hay para qué decir el trastorno de la casa.

Todos los cazadores, entre los cuales se confundía desconocido el torpe y funesto tirador, partieron sin

más demora á París. Clara, traspasada de dolor, entró para no salir más en el aposento en que agonizaba su padre infeliz; y Risler, avisado de la desgracia, fué sin perder momento á traerse á Sidonia.

La víspera de su partida, tuvo ésta con Jorge una entrevista en la fuente del *Fantasma*; entrevista de despedida triste, furtiva y fugaz, solemnizada por la proximidad de la muerte. Con todo eso, juráronse otra vez más amarse siempre, poniéndose de acuerdo para dirigirse las cartas y se separaron.

— ¡Lúgubre regreso!

De súbito volvía Sidonia á su vida vulgar de siempre, acompañada de la desesperación de Risler, para quien la muerte de su caro patrono era una pérdida irreparable. Llegado que hubo á su casa, fué preciso referir hasta los menores detalles de su estado en la quinta, hablar de sus moradores, de los convidados, de las fiestas, del desastre final. ¡Qué suplicio para ella, que debiéndose toda á su idea fija, tenía tanta necesidad de soledad y silencio! Pero todavía no era esto lo peor.

Lo peor era que, desde el primer momento, Franz había vuelto á sentarse á su lado, reivindicando sus derechos de futuro esposo. Y sus ojos que la buscaban, y sus palabras que á ella sola se dirigían, parecíanle exigentes por demás é intolerables.

Á pesar de su timidez y desconfianza, el pobre mozo se creía en su terreno, terreno firme; como asentado en su derecho de amante aceptado; y Sidonia se veía obligada á salir de sus fastuosos sueños para contestar al porfiado acreedor, aplazando siempre el vencimiento.

Perollegó el día en que la indecisión no fué ya posible.

Había prometido á Franz darle su mano de esposa tan luego como tuviera una posición; y veis aquí que le ofrecen una plaza de ingeniero en el Mediodía, en los altos hornos de la *Grand Combe*. Era todo lo suficiente para una familia modesta.

No había medio de retroceder.

Era preciso condescender ó buscar un subterfugio aceptable.

En tan premioso peligro hubo de pensar en Desiderata. Bien que la cojita no le hubiera hecho nunca cosa de confianza, harto y demás sabía ella que estaba enamorada de Franz: hacía mucho tiempo que lo había adivinado, sorprendiendo este secreto con sus ojos de coqueta, claros y cambiantes espejos que reflejaban todos los pensamientos extraños sin reflejar nunca los suyos propios. Acaso también la idea de que otra mujer amaba á su novio le había hecho al comienzo más soportable el amor de Franz; y como se ponen estatuas en las tumbas para hacerlas menos tristes, la carita pálida de Desiderata en el umbral de aquel porvenir tan negro, había hecho que le pareciera menos siniestro.

Así las cosas, esto le ofrecía un pretexto honroso y fácil para desembarazarse de su compromiso.

—No, no, madre mía—dijo en su oportunidad á madama Chebe—nunca me prestaré de buen ni de mal grado á hacer la infelicidad de una amiga como Desiderata; me mataría el remordimiento. ¡Pobre cojita! ¿No has notado qué mala cara hace desde mi regreso y qué expresión de súplica tienen sus ojos cuando la pobre me mira? ¡Oh! no, no seré yo quien la haga eternamente infeliz robándole á su Franz.

Bien que admirando el gran corazón de su hija, madama Chebe hallaba exagerado el sacrificio y hacía sus objeciones.

—Reflexiona, hija mía, que somos pobres, y que un marido como Franz no se presenta todos los días.

—Tanto peor... nome casaré—dijo Sidonia sin rodeos.

Y viendo que era bueno su pretexto, á él se atuvo con la mayor energía. Nada tuvo eficaz virtud para hacerle revocar su resolución, ni las lágrimas de Franz, á quien exasperaba esta negativa rodeada de razones

vagas, que ni aun siquiera se le explicaban; ni menos las súplicas de Risler, á quien madama Chebe había cuchicheado con el mayor misterio las razones de su hija, admirable á pesar de todo para él en méritos de su abnegación.

—No la acuses: es un ángel—decía á su hermano procurando tranquilizarlo.

—¡Oh! sí, un ángel es—repetía la madre suspirando.

De modo que al pobre novio burlado ni aún le quedaba el derecho de quejarse. En su despecho, se decidió á irse de Paris, y pareciéndole demasiado cerca la *Grand Combe*, solicitó y obtuvo un empleo en Ismalia, en los trabajos del istmo de Suez. Y allá se fué sin haber querido saber nada del amor de Desiderata. Sin embargo, cuando fué á despedirse de ella, la pobre cojita levantó hacia él sus bellos ojos tímidos, en que estaban escritas legiblemente estas palabras:

—Yo te amo, si ella no.

Pero Franz Risler no sabía leer en los ojos de la pobre cojita.

Por fortuna, las almas habituadas á padecer tienen paciencia infinita. Luégo que partió su amigo, la infeliz Desiderata, con el caudal de ilusión que tenía de su padre, se puso animosa á trabajar, diciendo para sí:

—Lo esperaré.

Y desde entonces abría á toda su extensión las alas de sus pájaros, como si todos hubieran de partir, uno tras otro, para Ismalia en Egipto. ¡Y era bien lejos!

Desde Marsella, antes de embarcarse, todavía escribió el joven Risler á Sidonia una larga carta, cómica y patética á la vez, donde mezclando pormenores técnicos con las más tristes palabras de adios, el infeliz ingeniero declaraba que partía *con el corazón hecho pedazos, á bordo del transporte Sahib, embarcación mixta, de fuerza de 1500 caballos*, como si esperara que tan considerable número de caballos-vapor hubieran de

impresionar á su bella ingrata, dejando eterno remordimiento en su alma. Pero Sidonia tenía otras cosas en qué pensar.

Comenzaba á inquietarse con el silencio de Jorge, de quien sólo una vez había tenido noticias desde su venida de Savigny. Todas sus cartas quedaban sin contestación. Cierta que sabía por boca de Risler que estaba muy ocupado, y que la muerte de su tío le había echado encima una responsabilidad superior á sus fuerzas dejándole la dirección de la fábrica. Pero ¡no escribirle una palabra!

Desde la ventana del rellano, donde había vuelto á tomar sus silenciosas estaciones, pues ya se había dado buena maña para no volver al taller de las perlas falsas, procuraba Sidonia descubrir á su amante, espiaba sus idas y venidas á los patios y talleres, y por la tarde, á la hora del tren de Savigny, lo veía tomar el carruaje para ir á reunirse con su tía y su prima, las cuales pasaban los primeros meses de luto con el abuelo en el campo.

Todo esto la espantaba, y sobre todo, la proximidad de la fábrica le hacía más sensible el alejamiento de Jorge. ¡Pensar que llamándolo un poco alto, hubiera podido hacer que volviera la cara!... ¡Pensar que sólo una pared los separaba!... Y sin embargo, en aquel momento estaban muy lejos uno de otro.

Recuerdas, Sidonia, aquella triste noche de invierno, en que el buen Guillermo Risler entró en casa de tus padres diciendo con grande animación de semblante y voz:

—¡Buenas noticias!

Muy buenas, en efecto.

Jorge Fromont acababa de decirle que, obedeciendo á la última voluntad de su difunto tío, iba á contraer matrimonio con su prima Clara, y que no pudiendo él solo dirigir la fábrica, había resuelto hacerlo su

consocio, dando á la casa la razón social: *Fromont menor y Risler mayor*.

¿Cómo Sidonia, cómo pudiste conservar la calma al saber de rondón que se te escapaba la fábrica y que otra mujer iba á ponerse en tu lugar?

¡Qué noche tan siniestra!... Madama Chebe zurcía junto á la mesa, su marido se enjugaba al fuego la ropa empapada de lluvia... ¡Oh! qué miserable habitación! La luz apenas alumbraba, la comida hecha á la ligera había dejado olor de cocina, y cocina de pobre. Y aquel Risler, ebrio de alegría, que hablaba sin cesar, echando cálculos y haciendo proyectos con creciente animación...

Todo esto te oprimía el corazón, te hacía aún más espantosa tu traición, al comparar la riqueza que huía de tu mano tendida con la infame medianía á que estabas condenada.

Sidonia enfermó gravemente.

Desde su lecho, cuando los vidrios sacudidos por el viento sonaban bajo las cortinas, siempre creía la infeliz que el coche nupcial de Jorge y Clara pasaba por la calle; y tenía crisis nerviosas, mudas, inexplicables, como una fiebre de cólera que la consumía.

Por fin, el tiempo, la mocedad, la solicitud de su madre, y sobre todo, el cariñoso cuidado de Desiderata, que ya sabía el sacrificio que le había hecho, triunfaron de la enfermedad. Pero Sidonia estuvo muy débil por espacio de mucho tiempo, poseída de mortal tristeza y atacada de congojas que la sacudían nerviosamente.

Ahora quería viajar para huir de París; ahora no quería sino meterse monja. Todos los que la rodeaban se afligían de oírlo y buscaban la causa de aquel singular estado, más angustioso aún que la misma enfermedad, cuando de pronto hubo de revelar á su madre el gran secreto de sus tristezas y congojas.